

Muerte de todos los profetas, sacerdotes y siervos de Baal.

Cuando acabaron los idólatras de ofrecer los holocaustos, dijo Jehú á los capitanes y la tropa : Entrad y matadlos. Ninguno se libre, y á todos los pasaron á filo de espada, y los arrojaron fuera del templo para que sirviesen de espanto y de escarmiento. Mas este templo, que acababa de ser la tumba de tantos muertos, no era el único consagrado al culto de Baal. Acab había edificado otro en las cercanías de la ciudad, colocando en él una grande estatua de Baal y plantando en rededor un bosque consagrado al ídolo. Fueron allá los capitanes y sus tropas, hicieron pedazos la estatua, quemaron el templo y talaron el bosque. Volvieron luego al primero, que estaba situado en una de las orillas de la ciudad, y le derribaron, haciendo de él letrinas, que aun duraban trescientos años despues. Así exterminó Jehú el culto de Baal.

Jehú no destruye los becerros de oro.

Con esto parecia que se habian cumplido todas las órdenes del Señor. El culto de Baal quedaba ya borrado en Israel, sus templos estaban reducidos á escombros, ó á usos inmundos, su bosque talado, muertos sus sacerdotes, disipados sus adoradores, y los reyes, autores y protectores de estas abominaciones, entregados á las sombras de la muerte. Mucha sangre habia costado llegar á este punto. Habia sido necesario derribar las mas altas cabezas, exponerse á la indignacion de los idólatras y aun arriesgar la vida; pero Jehú solo habia atendido á cumplir la voluntad del Señor, y así dijo el Señor á Jehú : Porque has hecho con celo lo que era recto y agradable á mis ojos, y has ejecutado todo lo que yo habia dicho, tus hijos, hasta la cuarta generacion, se sentarán sobre el trono de Israel. Esta prontitud con que

el Señor premió los servicios que Jehú habia hecho hasta aquí, parecia no tener otro objeto que sostener el celo de Jehú y animarle á que concluyese la obra comenzada; porque en efecto Jehú hasta ahora no habia hecho sino principiar á desterrar la idolatría de Israel. Habia destruido, es verdad, el ídolo de la corte, pero quedaban los ídolos del reino. Baal habia caido del altar y se habia hecho pedazos como otro Dagon, pero los becerros de oro permanecian sobre sus columnas; y ninguno acaso, desde que se colocaron en ellas, tuvo mas fuerzas á su disposicion para derribarlos. Todo se habia rendido á su flecha y á su lanza, el ejército le adoraba y el pueblo le temia, le obedecia y hacia cuanto le mandaba; y si Jehú hubiera llevado hasta su fin la destruccion de la idolatría, reducido á polvo los becerros, como Moises, y obligado á los idólatras á beberlos en polvo, ya habria cesado en Israel la idolatría como cesó al pié del monte Horeb, y Jehú habria sido en este punto un segundo Moises; pero Jehú se estrelló contra el escollo en que se habian estrellado todos sus antecesores desde que la infernal política de Jeroboan puso esos escándalos en Israel. No quitó los becerros de oro que estaban en Betel y en Dan. No guardó la ley del Señor que mandaba no permitir jamás la idolatría en Israel, y condenaba á muerte á los idólatras. No anduvo, dice el sagrado texto, en la ley del Señor de todo su corazon, porque no se apartó de los pecados de Jeroboan, que habia hecho pecar á Israel.

Desdichas de Jehú y de Israel por no haberlos destruido.

De este envenenado y perenne manantial corrieron las desdichas que siguieron á Jehú en todo el resto de su reinado, viniendo á parar aquel general tan valiente que hacia temblar la tierra cuando cumplia las órdenes del Cielo en un pusilánime luego que abandonó la obra del

Señor y se hizo indigno de su protección. Hazael, rey de Siria, comprobó demasíadamente en este tiempo los motivos que tenía Eliséo para entregarse á tan amargo llanto cuando le anunció que sería rey. Declaró la guerra á Jehú, y este se defendió tan perdidamente, que el historiador sagrado solo nos dice que Hazael derrotó las tropas de Jehú en todos los términos de Israel por la parte del oriente, tomando la tierra de Galaad, de Gad, de Ruben y de Manasés, desde Aroer hasta Basan. ¡Pérdidas imponderables para el reino de Israel, que quedaba despojado de las dos tribus y media que tenía al otro lado del Jordán, y expuesto á ser invadido por esta parte en cualquier tiempo, no teniendo en ella otra defensa que las tribus que perdía! Pero lo mas lastimoso en esta guerra fué el cumplimiento de cuanto había anunciado Eliséo en presencia de Hazael. No se veían por todas partes sino incendios, devastacion, mortandad, sangre y carnicería. Las ciudades muradas fueron entregadas á las llamas, los jóvenes pasados á cuchillo, los niños estrellados contra las piedras, y las mujeres con los hijos que llevaban en su vientre abiertas, serradas ó hechas pedazos bajo de los carros armados; y Jehú, que debía haber muerto el primer año de su reinado para bajar al sepulcro con gloria, vivió entre tantas desdichas hasta el veinte y ocho que bajó á la tumba con ignominia. ¡Justo castigo de un rey elegido particularmente para acabar con la idolatría de Israel, y que correspondió tan indignamente á un encargo tan glorioso! Murió en Samaria y fué enterrado en el sepulcro de sus padres.

JOACAZ, DUODÉCIMO REY DE ISRAEL.

Sucedió á Jehú su hijo Joacaz, y reinó sobre Israel diez y siete años. Hizo lo malo delante del Señor; siguió los pecados de Jeroboan, que hizo pecar á Israel, y no se apartó de ellos. Con esto, en vez de aplacar al Señor,

aumentó su enojo é hizo que continuase entregando las ciudades y pueblos de Israel en manos de Hazael; y aunque este enemigo terrible murió por este tiempo, no por eso cesaron los castigos porque no cesaron los delitos que daban el motivo. A falta de un instrumento se valió el Señor de otro. Benadad, hijo y sucesor de Hazael, reemplazó á su padre y siguió el mismo plan y el mismo camino. Joacaz hizo algunos esfuerzos para detener el torrente; pero como no cesaba el manantial, que era la idolatría, no consiguió otra cosa que perder sus mejores tropas; viniendo á quedar reducido aquel formidable ejército de Israel, que llegó á constar de quinientos mil hombres, á diez mil, cincuenta caballos y diez carros; porque el de Siria le había pasado á cuchillo y reducido, dice el sagrado texto, como el polvo en la trilla de una éra.

Pide Joacaz socorro al Señor y el Señor le socorre.

Al paso que avanzaba el rey de Siria, el reino de Israel iba á caer todo entero en sus manos. Joacaz veía vacilar la corona en su cabeza y no sabía adónde volver los ojos. ¡Cuánto conviene á la vez llevar el castigo de los culpados hasta el extremo! Aquí fué cuando Joacaz se acordó del Cielo. Levantó al Señor sus ojos eclipsados con las lágrimas, y buscó en él su remedio y su consuelo. No desatendió el Señor la angustia de su siervo y de su pueblo, se compadeció de Israel, trillado por el rey de Siria, y le dió un salvador que le libró de sus manos, volviendo á habitar los hijos de Israel, como antes, en sus tabernáculos. La Escritura no nos dice quién fué este libertador, pero sí que tanto el rey como su pueblo no se apartaron por esto de los pecados de la casa de Jeroboan, sino que anduvieron en sus caminos y aun dejaron crecer el infame bosque que habían talado los soldados de Jehú, en vez de desceparle. Murió Joacaz á los diez y siete años

de su reinado en la paz que le habia traído un momento de arrepentimiento, despues de haber vivido idólatra, á lo menos por política, y de haber sufrido por esto y hecho sufrir á su pueblo grandes calamidades. Fué enterado en el sepulcro de sus padres, y reinó su hijo Joas en su lugar.

JOAS, DÉCIMOTERCIO REY DE ISRAEL.

Hizo Joas lo malo delante del Señor, y no se apartó de los pecados de Jeroboan, que hizo pecar á Israel. Joas fué muy semejante á su padre en toda su vida. Ambos, por política y motivos de Estado, mantuvieron contra su conciencia el culto de los becerros de oro, y ambos creyeron que solo el Señor merecia su culto y sus inciensos, pero ninguno tuvo valor para derribar estos falsos dioses y hacer que solo se adorase al Dios verdadero. Seguían habitando en paz los hijos de Israel en sus tabernáculos en el reinado de Joas, cuando vino la muerte á dar un sentimiento al rey y á los fieles Israelitas.

Última profecía de Eliséo.

Enfermo de gravedad el gran profeta Eliséo, y siendo mirado en Israel como su ángel tutelar, pasó el rey á visitarle, y le halló en un estado que no dejaba esperanza de poseerle por mas tiempo. Al verle el rey no pudo contener sus lágrimas, y exclamó llorando : ¡Padre mio ! ¡padre mio ! ¡carro de Israel y su cochero ! Tambien se enterneció Eliséo y oró al Señor ; y recogiendo las pocas fuerzas que le quedaban, dijo al rey : Haced que me traigan un arco y flechas ; y habiéndosele traído, poned, dijo al rey, vuestra mano sobre el arco. El rey la puso, y sobreponiendo Eliséo la suya, le dijo : Abrid la ventana de hácia el oriente y tirad una flecha, y habiéndola

tirado el rey, dijo Eliséo : Saeta de salud del Señor, y saeta de salud contra la Siria. Heriréis á la Siria en Afec hasta consumirla. Tomad las flechas, añadió Eliséo, y herid la tierra con flecha, y habiéndola herido el rey tres veces (cada vez con una flecha) cesó, y se irritó el varon de Dios contra el rey, diciendo : Si hubiérais herido cinco, seis ó siete veces, hubiérais herido á la Siria hasta su exterminio, mas ya no la heriréis sino tres veces.

Su muerte.

Estas fueron casi las últimas palabras de Eliséo, y poco despues murió este hombre de Dios, como se llamaba comunmente, á la edad de mas de cien años, llorado de los buenos Israelitas, que perdian en él un verdadero padre. Fué sepultado con los honores debidos á tan gran profeta en las cercanías de Samaria, en un sepulcro que acaso vino á ser el mas famoso del antiguo Testamento. Vivió setenta y cinco años desde que Elías le asoció á sí, de orden del Señor, para que fuese profeta despues de él, y sesenta de estos profetizando en Israel en tiempo de muchos reyes, y obrando por todas partes multitud de prodigios, como hemos visto en su historia. Por lo que miraba á la profecía que habia hecho al morir en favor de Israel y contra la Siria, et pueblo, acostumbrado á ver cumplidas siempre las profecías de este santo hombre, esperaba su cumplimiento sin la menor duda, pero los cortesanos, casi todos idólatras, y muchos sin religion, hechos á mirar las palabras de los profetas como efectos de una imaginacion exaltada y fanatizada, la miraron con indiferencia ; mas el Señor en esta ocasion manifestó la santidad y veracidad del profeta con un milagro que ni habia tenido semejante, ni podia negarse.

Resurreccion de un muerto al contacto de sus huesos.

Estaba entonces el reino en paz por lo que tocaba á la Siria; pero partidas pequeñas de ladronuelos que venian de Moab, hacian en él frecuentes correrías, robando y matando en los caminos, aldeas y campiñas. Ciertos pasajeros que hallaron un hombre muerto por estos salteadores, movidos de piedad, le tomaron y llevaban á enterrar cuando vieron venir una partida de ellos, y hallándose junto al sepulcro de Eliséo, le arrojaron en él para huir mas desembarazados; pero apenas tocó el cuerpo muerto en los huesos de Eliséo, cuando resucitó el hombre, se levantó y fué por su pié á Samaria que estaba muy cercana. Con motivo de esta cercanía se habia sabido en la corte el asesinato de este hombre, y cuando le vieron entrar por su pié en la ciudad y contar su resurreccion milagrosa, todos quedaron pasmados, y ya nadie dudó de que serian cumplidas exactamente las promesas de un profeta tan autorizado por Dios, que hasta sus huesos hacian prodigios. San Jerónimo ve en esta resurreccion una imágen de la futura resurreccion de los muertos, una prueba de la virtud de las reliquias de los santos y un símbolo de la resurreccion de Jesucristo, con la diferencia de que Eliséo por la virtud del Señor resucitó á otro, y Jesucristo por su virtud propia se resucitó á sí mismo.

Elogio de Eliséo.

El Espíritu Santo en el libro del *Eclesiástico* hace el elogio de Eliséo en unas breves pero magníficas palabras. Elías, dice, en torbellino fué cubierto, y en Eliséo se completó su espíritu. En sus dias (Eliséo) no temió á príncipe, y en potencia nadie le venció, ni le superó palabra alguna; y muerto profetizó su cuerpo. En su

vida hizo portentos, y en su muerte obró maravillas. Tales son las alabanzas que le da el mismo Espíritu Santo. ¡Varon admirable y digno discípulo del profeta Elías!!!

Tres victorias de Joas en cumplimiento de la profecía de Eliséo.

Volvamos ya á Joas, que confirmado con la resurreccion del muerto en el cumplimiento de la profecía de Eliséo, se dispuso luego para la guerra contra la Siria. Tenia Joas un hijo llamado Jeroboan, como aquel que dividió el reino de Salomon y puso los becerros en Israel; y para prevenir cualquier acontecimiento desagradable, asoció este hijo á su trono antes de su salida. Empezó luego su marcha y fué á acampar cerca de Afec, donde Acab habia conseguido en otro tiempo una gran victoria contra los Sirios. También allí la consiguió ahora Joas, y quitó á Benadad parte de las plazas que Hazael habia tomado á Jehú y á Joacaz, su abuelo y padre. Tres victorias consiguió Joas de Benadad, rey de Siria, segun la profecía de Eliséo, y en ellas recobró (buena parte) de las ciudades de Israel; sin que sepamos las particularidades que ocurrieron en estas batallas. Joas no se atrevió á emprender mas guerras contra la Siria, contentándose con las tres victorias que le habia prometido el profeta, y se ocupó el resto de su reinado en fomentar la hacienda y aumentar el ejército, lo que hizo con tan buen éxito que no habiendo encontrado al subir al trono mas que diez carros de guerra, cincuenta soldados de á caballo y diez mil de á pié, llegó á poder dar al rey de Judá cien mil hombres de tropas auxiliares, sin faltar á la seguridad de su reino. Joas, despues de un reinado de diez y seis años, y que no dejó de ser bastante dichoso, murió en Samaria y fué enterrado en el sepulcro de los reyes de Israel.

JEROBOAN II, DÉCIMOCUARTO REY DE ISRAEL.

Jeroboan segundo, hijo de Joas, entró á reinar en lugar de su padre, y reinó cuarenta y un años en Samaria. Hizo lo malo delante del Señor y no se apartó de los pecados de Jeroboan hijo de Nabat, que fué el primero que escandalizó á Israel con los becerros de oro. Sin embargo en su tiempo siguieron las prosperidades de Israel, y Jonás, sucesor de Eliséo, anunció á Jeroboan mayores conquistas aun, que Eliséo á su padre Joas. Este habia recobrado gran parte de las plazas que Hazael y Benadad habian quitado á Joacaz de esta parte del Jordán, pero Jeroboan recobró todas las tierras de la parte, que tan lastimosamente y con tanta ignominia habia perdido Jehú. Recobró además el resto de las ciudades de Israel, sin dejar ni una sola á los Sirios de cuantas habian conquistado. Jeroboan no paró aquí. Llevó la guerra á los reinos vecinos. Tomó á Damasco, capital de la Siria de Damasco, y á Emat, capital de la Siria de Soba, é hizo tributarios de Israel estos dos reinos, como la habian sido en tiempo de David; y la dominacion de Jeroboan segundo tuvo por términos á Emat por la parte del norte, y el mar Muerto por la del mediodía, y viniendo á ser la misma que la de Jeroboan primero. Diez y seis años empleó Jeroboan en estas gloriosas conquistas, mas no sabemos las acciones, batallas y victorias que ocurrieron en ellas.

Victorioso Israel por todas partes, se halló en una situacion la mas dichosa en cuanto á los intereses temporales, pero no así en cuanto á los intereses eternos. La abundancia era como un veneno para la religion y las costumbres. Crecian los desórdenes al paso que se aumentaban las delicias, y la idolatría se extendía por todo el reino. La ociosidad, la molicie, la gula, la lujuria... todos los vicios se veian reinar en Israel á la sombra de la paz y en medio de la abundancia.

JONÁS, PROFETA, SUCESOR DE ELISÉO.

En este tiempo de tanta corrupcion, Jonás, profeta de Israel y sucesor de Eliséo, no pudiendo ni contener con su predicacion, ni sufrir semejante torrente de idolatrías y de delitos, se retiró al lugar de su nacimiento, y de aquí fué de donde el Señor le llamó para que llevase su palabra á un pueblo pagano, acaso tanto ó mas corrompido que su pueblo escogido, pero menos indócil, y mas dispuesto á escuchar sus amenazas y á sacar fruto de ellas. Este pueblo era la populosa y famosa Nínive. Vino, pues, á Jonás, hijo de Amati, natural de Get, en el territorio de Ofer, y tribu de Zabulon, palabra del Señor, diciendo: Levántate y vé á Nínive, ciudad grande, y predica en ella, porque su malicia ha subido delante de mí.

Huyendo del Señor se embarca en Jope, y el mar se alborata.

Mas á Jonás pareció demasiado peligrosa esta comision, y atemorizado, trató de huir de la presencia del Señor, como si hubiera donde huir de su presencia. Se dirigió al puerto de Jope, y allí encontró un navío que iba á Tarsis. Pagó el transporte y entró en él para ir con los pasajeros á Tarsis, huyendo del Señor; pero el Señor envió un recio viento, el mar se alborotó y el navío corria gran peligro de estrellarse. Temieron todos los marineros, y cada uno clamaba á su dios. Arrojaron al mar los equipajes que traian en el navío y todos trabajaban por alijerarle; pero Jonás, que habia bajado al fondo del navío, dormia con un profundo sueño. Bajó á buscarle el piloto y sacándole de un sueño que parecia increíble en tales circunstancias, le dijo: ¿Cómo estás tú sumergido en sueño (en medio de tanto riesgo)? Levántate

é invoca á tu Dios, por si Dios se acuerda de nosotros y no perecemos. Jonás se levantó y puso en oracion, pero el Señor no escuchó la oracion del fugitivo.

La suerte designa á Jonás culpable de la borrasca.

Creciendo siempre el peligro y no sabiendo ya los pasajeros qué medio tomar para no perecer en la borrasca, se dijeron unos á unos: Echemos suertes y sepamos porqué nos sucede este mal. Echaron suertes, y cayó la mala suerte sobre Jonás. Las suertes para descubrir una cosa oculta son ilícitas, á no ser que sean inspiradas ó mandadas por Dios, como sucedió en la eleccion del Apóstol san Matías, y en la reparticion que hizo Josué de la tierra prometida. Cuando los pasajeros vieron á Jonás cargado con la desdichada suerte, dínos, le preguntaron, ¿porqué nos hallamos en este peligro? ¿cuál es tu tierra? ¿de qué pueblo eres? ¿qué oficio tienes? ¿adónde vas? Yo, les respondió, soy un Hebreo, que temo al Señor, Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra, y voy huyendo de su presencia. Entonces los hombres temieron mucho, y le dijeron: ¿Porqué has hecho eso? y añadieron: ¿Qué harémos de ti para que se quiete el mar? (porque el mar iba y venia y se inchaba siempre mas). Tomadme, les dijo, y arrojadme en él, y se quietará, pues bien sé yo que por mí ha venido sobre vosotros esta gran tormenta. El consejo se oponia á los sentimientos de la humanidad, y para no llegar á la ejecucion de un hecho tan repugnante, volvieron de proa y remaban con todas sus fuerzas para alcanzar tierra, echarle en ella, y seguir despues su viaje, si el mar se sosegaba; pero no les fué posible vencer la furia de las olas.

Crece la borrasca y arrojan á Jonás al mar.

El mar se hinchaba cada vez mas, las olas batian el navio fuertemente y le trastornaban hácia todos lados, saltaban por encima de él y le anegaban. En semejante extremo se determinaron á seguir el consejo del culpado, pero antes pidieron al Dios de Jonás que les perdonase una accion, al parecer tan inhumana. Os rogamos, Señor, dijeron, que no perezamos por la vida de este hombre, y que no echeis sobre nosotros la sangre de este inocente, porque vos, Señor, habeis hecho esto como habeis querido. Acabada esta oracion, tomaron á Jonás, le echaron en el mar, y cesó el furor del mar. Los hombres al ver este prodigio, temieron al Señor con gran temor, ofrecieron víctimas, é hicieron promesas (de ir á ofrecerlas en Jerusalem).

Le traga una ballena y le vomita en la playa á los tres dias.

Cayó Jonás en lo profundo del mar (donde viven los peces monstruos) y fué tragado por uno de estos, que se cree fué una ballena que el Señor tenia preparada en aquel sitio. Le sepultó en su vientre y en él estuvo tres dias y tres noches, sin que le digiriese su estómago, ni le cociese su calor natural, ni le ahogase la falta de respiracion, ni careciese de comida ni bebida, porque todo lo remedió y suplió el Señor, multiplicando los milagros de su diestra. Encerrado Jonás en este nuevo género de templo, confesó las misericordias del Señor, ofreció la accion de gracias y rindió sus alabanzas diciendo: Del seno del sepulcro exclamé, y oísteis, Señor, mi voz. Me echásteis en lo profundo, en el corazon del mar, y las aguas me rodearon. Todos vuestros abismos, todos vuestros flujos y reflujos pasaron sobre mí, y yo dije: Arrojado he sido de la presencia de vuestros ojos, pero aun vol-

veré á ver vuestro santo templo. Me penetraron las aguas hasta el alma, el abismo me cercó, el mar cubrió mi cabeza, bajé hasta los cimientos de los montes, las barras de la tierra me encerraron para siempre, pero vos preservásteis de la corrupcion mi vida, Señor y Dios mio. Cuando mi alma se angustiaba dentro de mí, me acordé de vos, Señor, para que llegase á vos mi oracion, á vuestro santo templo. Los que observan vanamente vanidades, abandonan vuestra misericordia; mas yo con voz de alabanza os ofreceré sacrificio, y pagaré al Señor todo lo que he prometido por mi salud. Aquí concluyó la oracion de Jonás, y el Señor mandó al pez, y el pez vomitó á Jonás en tierra seca.

Se representa en este hecho la muerte, el sepulcro y la resurreccion de Jesucristo.

En este asombroso suceso se anuncia de un modo terminante la muerte, el sepulcro y la resurreccion de Jesucristo, y es uno de los pasajes del antiguo Testamento que no permite ser aplicado á otro nadie; porque el mismo Jesucristo se le aplica á sí mismo, diciendo: Así como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo del hombre (que era él mismo) tres dias y tres noches en el corazon de la tierra.

Predicacion de Jonás en Ninive y conversion de los Ninivitas.

Vino otra vez á Jonás palabra del Señor, diciendo: Disponte y vé á Ninive, ciudad grande, y predica en ella el sermon que yo te mando, y luego partió Jonás para Ninive, segun la palabra del Señor. Era Ninive una ciudad de las mayores del mundo, que tendria en

circuítu como veinte leguas nuestras, porque se necesitaban tres dias para andarla en rededor. Entró en la ciudad Jonás y anduvo por ella todo el dia clamando por todas partes: *De hoy en cuarenta dias Ninive será destruida.* Estas breves palabras ¡ó poderío de la gracia! predicadas por un extranjero á quien no se conocia, en quien no se descubria cosa extraordinaria y que no autorizaba su mision con prodigio alguno, hicieron sobre los Ninivitas, aunque paganos, tan profundas impresiones que las exhortaciones mas enérgicas de los profetas, reconocidos por enviados de Dios y sostenidos con la magnificencia de los milagros, no las hacian semejantes mucho tiempo habia en la nacion escogida. Todos los corazones quedaron penetrados de temor y de arrepentimiento. No se oian en Ninive sino gemidos, no se veian sino lágrimas. Todos se reconocian dignos del castigo con que el extranjero les amenazaba, y procuraban detener con la penitencia el golpe de la divina Justicia. Se entregaron al ayuno y se vistieron de sacos desde el mayor al menor. Llegó al rey la noticia de las amenazas de Jonás, y el rey bajó de su trono, se despojó de sus vestiduras reales, se cubrió con un saco, se sentó en la ceniza, y desde este tribunal extraordinario y jamás visto, dictó, de consejo de todos los príncipes, esta célebre orden de penitencia pública que mandó publicar á voz de pregonero, diciendo: Ni hombres, ni bestias gusten cosa alguna: ni bueyes, ni género alguno de ganado salga al pasto, ni beba agua. Cúbranse de saco las bestias y los hombres; apártese cada uno de su mal camino y de la iniquidad que hay en sus manos, y clame al Señor (pidiendo misericordia) con todas sus fuerzas. ¿Quién sabe si se apiadará de nosotros y nos perdonará? ¿Y si se aplacará el furor de su ira, y no pereceremos?

Las terribles palabras del profeta: *De hoy en cuarenta dias Ninive será destruida* infundieron en todos los corazones un terror santo, y la orden y el ejemplo del rey les determinaron y animaron á una ejemplar y

general penitencia. Ayunaron, se cubrieron del saco y del cilicio, gimieron y lloraron llanto grande delante del Señor, detestando sus idolatrías, sus disoluciones y todos sus delitos. Nínive murió y nació de repente. Murió la Nínive pecadora y nació la Nínive penitente, y en los Nínivitas se vió una de aquellas mudanzas universales que se presentan pocas veces, y debieran presentarse con frecuencia. Vió el Señor esta mudanza, se compadeció de los pecadores, y ya no envió sobre ellos el mal con que les había amenazado.

Jonás se aflige al ver que no se cumple su profecía.

Jonás, despues de haber predicado en aquella gran ciudad su próxima ruina, había salido de ella, y haciendo una choza frente á su puerta oriental, vivía en ella esperando á ver lo que sucedía. Mas cuando hubieron pasado los cuarenta días, y vió que no se había cumplido el castigo con que él la había amenazado, se afligió en gran manera y dijo al Señor : Ruégoos, Señor (que me escucheis). ¿Acaso no es esto lo que yo me recelaba, cuando aun estaba en mi tierra, y por eso huí á Tarsis? Yo sé, Señor, que sois un Dios clemente y misericordioso, paciente y de mucha compasión y que perdonais las maldades. No dijo mas, pero quería decir en esto : que no podían anunciar amenazas en su nombre los profetas sin un peligro de que su misericordia les expusiese á quedar mal, y ser reputados por profetas falsos, y que á él de hecho ya le tendrían por uno de ellos. Por esto le suplicó que le quitase la vida, porque me es mejor, dijo, la muerte que la vida.

El Señor le reconviene.

El ramaje que cubría la choza de Jonás se había secado

y deshojado, y el profeta sentía mucho calor. Crió el Señor una yedra, creció esta en un momento y subió sobre la choza de Jonás para hacerle sombra, porque estaba muy fatigado, y Jonás se alegró con grande alegría de esta sombra que le había concedido la divina Providencia, pero el día siguiente envió Dios un gusano que royó la yedra y esta se secó. Hizo también el Señor venir un viento abrasador, que unido al calor del sol, hería la cabeza de Jonás y se quemaba, y volvió á decir : Mejor me es morir que vivir. Tú piensas, le dijo aquí el Señor, tú crees que tienes razón para enojarte porque se ha secado la yedra, que tú no plantaste, ni hiciste crecer, ¿y yo no perdonaré á Nínive, ciudad grande, en la que hay mas de ciento y veinte mil hombres (que despues de tu predicación viven en virtud y penitencia y tanta multitud de niños) que no discernen todavía lo que hay entre su derecha y su izquierda (que son todavía inocentes), y hasta la multitud de las bestias (criaturas todas que yo he criado)? Á esta reconvención del Señor volvió en sí Jonás, como si despertara de un profundo sueño; reconoció su necedad, y cubierto de confusión, se humilló en la presencia del Señor, confesó que había hablado neciamente, y se sometió de todo su corazón á cuanto el Señor quisiese disponer de él; mas el Señor, que solo había querido enseñarle y sacarle de la equivocada idea que tenía formada de su bondad y misericordia, luego que le vió convencido y confundido, cesó en sus reconvenciones, é hizo, por decirlo así, las paces con su profeta.

Se vuelve Jonás á su patria.

Volvió este á tomar el camino de Israel, donde la vista de los delitos que continuaban en su reino, y el conocimiento que tenía de las calamidades con que bien presto iba á ser castigado, renovaron en su corazón sus anti-

guos sentimientos. Instruido con una prueba tan sensible é incontestable de que no amenazaba el Señor sino para ser aplacado, y que sus amenazas pueden quedar sin efecto por medio de la penitencia, hizo público en todo Israel el suceso de Nínive, y no omitió alguna de las circunstancias que podian reducir á sus paisanos á la penitencia y contar con la esperanza. Nada mas sabemos de Jonás; pero sí que todo fué inútil para aquellos pecadores endurecidos. Miraron con indiferencia al asombroso y famoso ejemplar de Nínive, despreciaron los avisos del profeta y caminaron acercándose á las desdichas de que estaban amenazados, al paso que por todas partes se multiplicaban las abominaciones.

Cerca de treinta y cinco años de un reinado de victorias y de paz, bien léjos de traer á Jeroboan al debido reconocimiento, hicieron de él un príncipe ingrato y perverso. En su reinado principiò aquel gran número de profetas que sucesivamente anunciaron al pueblo de Dios las calamidades con que iba el Señor á castigar su obstinada continuacion en los caminos de la maldad. Oseas y Amos ya amenazaron y tronaron en los últimos años de Jeroboan, pero ni sus amenazas ni el modo terrible con que las anunciaban, hicieron que Jeroboan saliese de sus caminos ni mudase de conducta hasta que la justicia del Señor vino á dar cumplimiento á las amenazas de sus ministros.

Victoria de los Asirios y primeros cautivos de las diez tribus.

Por este tiempo el imperio de los Asirios se habia aumentado y robustecido terriblemente, y de este poderoso brazo quiso valerse el Señor para castigar las idolatrías y abominaciones de Israel, cayendo sobre Jeroboan el primer golpe. Vino el rey de Asiria sobre Samaria, y Jeroboan salió á contenerle al valle de Jezrael. Allí se

dió la batalla y allí fué deshecho el ejército de Jeroboan, segun la prediccion de Oseas, y llevada cautiva una parte de Israel. Desgracia bien merecida; pero desgracia que dió principio á la total ruina de las diez tribus. Desde este dia fatal el reino de Israel ya no fué sino un teatro de mortandades y asesinatos hasta su entera destruccion. Si Jeroboan no recibió en la batalla de mano de los Asirios el golpe de su muerte, le recibió poco despues de la mano del Señor. El murió muy luego y bajó á juntarse en el sepulcro con los reyes de Israel sus padres; y reinó Zacarías su hijo por él.

ZACARÍAS, DÉCIMOQUINTO REY DE ISRAEL.

No quedó de Jeroboan mas hijo que Zacarías, en la edad aun de pupilo, porque todos los mayores habian muerto en la batalla de Jezrael. Con este motivo entró la confusion en el Estado, porque los grandes y principales señores se dividieron en partidos y se halló el reino sin dueño y sin cabeza; por consiguiente á nadie se obedecia, y solo el que podia mas, era el que mandaba. Doce años duró esta anarquía, y no fueron otra cosa que doce años de sangre. Al fin un partido que se declaró á favor del hijo de Jeroboan, prevaleció y logró coronarle. Dios lo quiso así para cumplir la palabra que habia dado á Jehú de hacer reinar sobre Israel hasta su cuarta generacion, que fueron Joacaz, Joas, Jeroboan y Zacarías, último vástago que al parecer no subió al trono sino para verificar esta palabra; pero Zacarías hizo, como sus padres, lo malo delante del Señor, y no se apartó de los pecados de Jeroboan, hijo de Nabat, que hizo pecar á Israel. Apenas habia reinado seis meses, cuando Selum, hijo de Jabes, se conjuró contra él, le acometió y quitó la vida públicamente, y tomando en sus manos ensangrentadas la corona, se la puso sobre su cabeza y se hizo proclamar allí mismo rey de Israel.